



**KIKE
MATEU**

**PACIENTE
CERO**

**EL RELATO EN PRIMERA PERSONA
DEL PRIMER PERIODISTA ESPAÑOL
CONTAGIADO POR CORONAVIRUS**

Paciente cero

El relato en primera persona del primer
periodista español contagiado por
coronavirus

KIKE MATEU



© Enrique Mateu, 2020

© Centro de Libros PAPP, SLU.

Alienta es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-1344-037-8

Depósito legal: B. 11.061-2020

Primera edición: septiembre de 2020

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

1. El taller	11
2. Duomo - San Siro	23
3. El encuentro	39
4. La bomba biológica	51
5. La ruleta	63
6. Miguitas de pan	73
7. Hospital fantasma	89
8. Mis mentiras	105
9. La mirada del pánico	121
10. La expansión	141
11. Mar	157
12. Bienvenidos a la luna	175
13. La lista B	193
14. Lágrimas de impotencia	215
15. El novato del aparcamiento	227
16. La bacteria oportunista	243
17. El virus de la especulación	255
18. Haga usted vida normal	271
19. Cuando llega la tormenta	287
20. El caos total	299
21. Voy a morir	315
22. Un paseo al atardecer	333
23. Gol de Iniesta	347

Capítulo uno

El taller

Me gusta conducir. Tal vez por eso elegí viajar a Italia vía Pisa para el primer gran partido de 2020. Poco más de dos horas de autopista para llegar a Milán no supone nada para alguien como yo, acostumbrado a viajar en coche toda mi vida profesional. Más de veinte años en los que el fútbol y la radio han sido mi forma de vida. Y ambos mundos, casi siempre, unidos por una carretera.

El destino me había regalado, muchos años atrás, hacer realidad el sueño de un niño: vivir en el otro lado de la radio. Recuerdo, como si fuera ayer, un pequeño transistor a pilas con antena desplegable que me acompañaba a todas partes. Corrían los años ochenta, a caballo entre la pasada Transición y la futura entrada en la Unión Europea. El 23F fue la primera vez que vi, en un enorme televisor Telefunken, el Congreso de los Diputados. Eran los tiempos del pantalón de pana con rodilleras, el teléfono de rosca con agujeros y el incipiente vídeo VHS. Y era el tiempo de la radio.

Mi padre nunca ha sido un futbolero pasional, pero sí le gusta el fútbol. No con el sentimiento del aficionado, pero sí como amante del juego. Sus pasiones entonces eran otras y se escondían entre cuatro paredes llenas de herramientas. Economista de profesión, tenía un pequeño taller donde

ocupaba el tiempo libre en construir todo tipo de artefactos con materiales que ya no tenían ningún uso. Transformaba latas de atún y tapones de botella en ceniceros, o botes de tomate frito en estuches caseros para guardar sus preciados cigarrillos blancos. Nada de rubio americano; Ducados de toda la vida. A cada bote le añadía, en el centro y atornillado desde la base, un tubo vacío de Couldina —el conocido medicamento en forma de pastillas efervescentes— y ya tenía dónde guardar el mechero. Así es mi padre. En apenas dos metros por dos tenía espacio más que de sobra para hacer fluir su imaginación cada fin de semana.

La estancia se completaba con una habitación contigua, que se unía al taller por una estrecha puerta de madera que siempre estaba abierta. Lo que en principio era un vestíbulo sin utilidad, él lo había convertido en una pequeña biblioteca. Primero cubriendo las paredes con planchas verticales de madera, para después cortar, barnizar y atornillar un sinfín de tablas horizontales que creaban el hábitat natural para un millón de libros, su otra gran pasión. Cada estantería tenía su temática. Cada libro tenía su número. El orden era vital en aquella amalgama de títulos y autores. Aquella doble estancia era su paraíso fuera de la rutina.

Yo, apenas un niño que no cumplía años con ambas manos, pasaba horas junto a su pequeño rincón de libertad. Pero no era la lectura lo que me atraía de aquel lugar. Mi libro hacía ruido. Emitía sonidos. Los que salían de un enorme aparato de radio que mi padre tenía en la entrada del taller. Entre frascos y tornillos, y sobre una gruesa estantería blanca, aparecía un imperial radiocasete Panasonic. Era gris, con sus altavoces negros y redondos a los lados, entrada para las cintas de casete en el centro y, dominándolo todo desde las alturas, la pantalla del dial. De punta a punta del aparato, con su línea roja pendiente de que alguien moviera la rueda que le daba vida. Y vivía cada fin de semana.

Era la época de José María García al frente del deporte español en la radio. Era el periodista de referencia, y su sonido en las ondas, inconfundible cada jornada de liga. No recuerdo en qué momento de mi vida empezó todo aquello para mí, pero siempre veré mi principio rodeado de libros mientras agudizaba el oído para escuchar aquella radio. Mi padre no tardó mucho en darse cuenta de por qué su hijo pasaba las tardes del fin de semana tan cerca de él y tan lejos de la calle. En silencio. Escuchando. Y aprendió que cada vez que yo me acercaba a su biblioteca y me sentaba en el sofá de terciopelo verde que usaba para leer, tenía que subir el volumen del fascinante aparato. Sin decir nada. No hacía falta.

Y allí aparecía la magia. García dirigiendo con maestría una orquesta de voces que te trasladaban a todos los campos de fútbol de España. Me fascinaba el momento del gol, la narrativa con emoción y aquel sonido telefónico que ahora suena tan antiguo. Me imaginaba cada estadio como si yo estuviera en él. Me sabía de memoria los nombres de todos los narradores. Cerraba los ojos y volaba con ellos a todas partes. Algo había nacido dentro de mí que ya no se marcharía jamás.

Tiempo después —resultaba fácil acertar— me regalaron un pequeño transistor ochentero. Mi primera radio. Cabía en mis manos, pero no había espacio para tanta emoción. La llevaba conmigo a todas partes; desayunaba con ella cada mañana, y dormía bajo mi almohada. Así conocí otras voces, otras historias, otro ritmo... Pero eso no hizo más que aumentar mi pasión.

En mi casa pertenecíamos a lo que el Estado llamaba entonces «familia numerosa». Lo decía la pequeña cartilla, de tapa azul oscuro con letras doradas, que existía en casa junto al clásico libro de familia color verde. Cómo olvidarlo. Sobre todo, por aquella foto que ocupaba la mitad de la página

tres, con mamá, papá y los cuatro hermanos vestidos para la ocasión. Adornaban el encuadre familiar unas gafas de pasta gruesa por aquí, unas hombreras por allá, pelo largo y re-peinado de los seis más algún suéter de rombos de la época rematando la estampa.

Imagen hipnótica a la par que terrorífica, si la miras treinta años después.

Éramos muchos en casa, pero a ninguno de mis hermanos los había llamado a la puerta mi sentimiento radiofónico. Así que no podía compartirlo con nadie. Mi pobre madre bastante tenía con aguantar el ruido de tanto niño a su alrededor y, con mi padre trabajando cada día hasta tarde, hacíamos mucha vida en el cuarto. Repartidos en dos habitaciones, la edad marcaba el orden: los mayores en una y los pequeños en la otra. Yo, el mayor de los cuatro, la compartía con mi hermano Arturo. Año y medio menor que yo, vivimos juntos toda la infancia y parte de la juventud. Con sus vivencias y sus pequeños secretos.

Cuando llegaba la noche, la radio estaba prohibida. Mi madre, siempre dulce pero firme en sus criterios, recordaba sin levantar la voz que era hora de dormir en «la casa de la sidra». Al igual que Michael Caine en su magistral papel cinematográfico como padre de los niños del orfanato St. Cloud, ella repartía, a partes iguales, amor y orden entre sus cuatro hijos. Se asomaba a las habitaciones, nos arropaba y apagaba la luz. Oficialmente el día había terminado. Pero yo, sin que mis padres lo supieran, me escondía bajo las sábanas con mi pequeño aparato de voces mágicas, abría la antena, y me dormía escuchando bajito y soñando en grande. «Cuando sea mayor, quiero ser el que está dentro de la radio.» Mi hermano lo sabía todo, pero nunca dijo nada.

A medida que la niñez quedaba atrás, mi embrujo con la radio iba aumentando. Con catorce años conseguí mi primer aparato con grabadora de casete incorporada. Era ne-

gro, de la longitud de un ordenador portátil pero apenas un palmo de altura. Manejable y fácil de transportar. Lo más grande que tenía era su interminable antena. Con ella empezó una de mis grandes pasiones de juventud. Ya no sólo escuchaba la radio los fines de semana, grababa las grandes retransmisiones deportivas para después escucharlas una y otra vez. Me emocionaba la narración, su ritmo y cómo te llevaba al lugar de los hechos sin necesidad de que lo estuvieras viendo.

Mientras el resto de chicos de mi edad escuchaba los 40 Principales, yo grababa en mi radiocasete las tardes de fútbol de fin de semana, a Javier Ares y Ángel González Ucelay narrando las grandes gestas del ciclismo español, con Perico Delgado primero y Miguel Induráin después. O los grandes partidos de la selección española de fútbol en la voz de Gaspar Rosety. Y así un millón de cosas en su millón de voces. La radio de los noventa que marcaría después mi vida profesional. Yo los escuchaba y seguía soñando con ser algún día uno de esos grandes narradores que emocionaran a la gente con su relato. Siempre desde dentro de la radio.

Hoy guardo, en una antigua caja de zapatos, una colección de innumerables cintas de aquella época que quiero pasar a otro formato para conservarlas bien. Pero por unas cosas o por otras, nunca lo hago. Y entre esas grabaciones están también mis primeros pinitos; el narrador de juguete.

Cuando había partido en abierto —a una hora prudente—, quedaba en casa con los amigos futboleros. Nos poníamos delante de la tele y hacíamos el tonto radiando las jugadas. Yo narraba el partido y ellos hacían de comentaristas. Para mis amigos era sólo un juego, pero yo después escuchaba con detalle cada grabación. Estudiaba en qué me había equivocado, qué me había gustado y si se parecía en algo a lo que yo escuchaba en la radio de verdad. Pasaba noches enteras escuchando en la cama grabaciones de todo

tipo, de partidos de fútbol, etapas del Tour de Francia, de la Vuelta a España... Todos los niños tenemos sueños y ése era el mío. Aunque entonces yo ya no fuera un niño, ni necesitara esconder la radio bajo la almohada. La radio estaba creciendo conmigo.

Mis amigos sabían perfectamente de mi debilidad y tuve mucha suerte porque uno de ellos, David Blay —ahora conocido escritor, divulgador y periodista deportivo—, había decidido estudiar periodismo cuando termináramos el bachillerato. Teníamos un horizonte de ideas parecido, y la radio deportiva era nuestra pasión compartida. Él ya estaba en una radio humilde de la ciudad participando en un programa de deportes totalmente *amateur* que quizá no escuchaba mucha gente, pero servía para foguear a jóvenes soñadores como nosotros. Y, además, ya tenía un vozarrón de radio que era la envidia de mis oídos. Yo tenía pasión, pero lo suyo era talento puro. Un día vino y me ofreció la posibilidad de participar en el programa llevando una sección de balonmano que no tenían y querían abrir. Yo no había visto un partido de balonmano en mi vida, pero le dije que sí sin pestañear.

«Una radio de verdad», pensé emocionado. Siempre he creído que él se inventó la sección para que yo cumpliera mi sueño.

David y yo seguimos siendo grandes amigos hoy en día. Nos vemos poco porque, como pasa muchas veces, cada uno tiene sus obligaciones y su vida. Pero sabemos que uno estará ahí cuando el otro lo necesite. No nos hace falta recordarlo. Lo que yo sí le recuerdo siempre que quedamos es lo mucho que aquel día hizo por mí y que nunca olvidaré. Por muchos años que pasen. Se dice siempre que hay decisiones que, aunque puedan parecer pequeñas en su momento, marcan el camino de tu vida. Y aquella decisión de mi amigo David —sin importancia entonces— cambió la mía para

siempre: me abrió la puerta del otro lado de la radio y ya nunca más saldría de allí.

Aquel joven aprendiz quería devorar el micrófono. Pasaba muchas más horas en la radio de las que necesitaba para aquella sección inventada de deportes. Quería aprender el oficio, y quería hacer de todo; me daba igual salir a la calle a grabar entrevistas, dar el tiempo en el informativo o poner música de madrugada.

Y fue precisamente poniendo canciones como cambió mi vida para siempre.

Como la radio era bien pequeñita, allí podías hacer de todo a poco que te lo propusieras. Y un día —no sé si me lo dijeron o lo dije yo— surgió la posibilidad de presentar un programa de doce a dos de la madrugada. La idea era poner música a petición de los oyentes trasnochadores. Yo, loco como estaba por la radio, veía la posibilidad de tener dos horas seguidas de micro para mí solo, y me faltó tiempo para empezar. La verdad es que la cosa funcionó muy bien. Entonces no podía imaginar la cantidad de gente que escucha la radio por la noche, algunos buscando entretenimiento, pero muchos otros, básicamente, compañía. El programa daba la posibilidad de pedir una canción en directo y, de paso, charlar un rato en antena.

Y así llegó la noche del lunes 11 de agosto de 1997. La noche que cambió mi vida.

Yo estaba poniendo canciones, como siempre, y aproximadamente a las dos menos cuarto sonó el teléfono. El programa estaba terminando y ésa era la última petición musical que iba a recibir ese día. Era una chica. Se llamaba Mar y había encontrado el dial de pura casualidad esa misma noche. Nunca antes me había escuchado, pero en el momento en el que me encontró estaba sonando una canción de Alejandro Sanz, su artista favorito, que entonces empezaba a crecer como la espuma, como su tercer trabajo. Así que se

quedó a escuchar la música. Apareció después mi voz, y algo la hizo atreverse a llamar.

La chica estaba nerviosa. Era la primera vez que llamaba a una radio para pedir una canción y en realidad le daba igual la que yo pusiera. Se sentía sola aquella noche y necesitaba compañía. La música era la excusa para pasar un rato agradable, hablando con el chico que acababa de escuchar por la radio.

El programa era flexible, y yo podía hacer con la música casi lo que quería. Así que, en mitad de la conversación, cogí de nuevo el CD de Alejandro Sanz y decidí sorprenderla poniendo, sin avisar, *La fuerza del corazón*, uno de los temas estrella de su cantante favorito. Le emocionó mucho aquel detalle tan tonto. Y a mí me gustó mucho su emoción por una simple canción.

Llegaron las dos de la mañana. El programa terminaba, pero nuestra conversación no. Le propuse seguir charlando una vez que me despidiera en antena, y ella accedió. Esa noche colgamos el teléfono a las seis de la mañana. Esa noche surgió algo entre nosotros.

Los siguientes días, hasta llegar al viernes, se repitió la escena. Martes, miércoles y jueves yo terminaba el programa a las dos y la llamaba desde la radio. Pasamos las horas hablando, riendo y conociéndonos como dos adolescentes. El jueves le propuse vernos por fin. Sólo nos conocíamos por la voz. Llevábamos cuatro días de relación telefónica; me la jugué, y me dijo que sí.

Fui a buscarla a su casa la noche del viernes. Vivía junto a la playa, y la recogí en su portal después de cenar. Yo estaba apoyado en la pared de la fachada, a la izquierda de la puerta, y me palpitaba el corazón. Y entonces apareció; asomó su cabecita por la puerta y, al mirar a su izquierda, me vio. Aquella sonrisa nerviosa que me dedicó, aquella primera mirada de ilusión... Aquella primera vez de todo no podré olvidarla nunca.

Allí estaba ella, rubia, guapa a rabiar y nerviosa como yo. La voz del teléfono tenía por fin rostro para los dos. Esa noche hicimos lo mismo que las anteriores, nos fuimos a la playa, nos sentamos frente al mar y pasamos la noche entera charlando. Nada más. Nada menos. Acababa de conocer a la mujer de mi vida, pero aún no lo sabía.

El 11 de agosto de 2022 cumpliremos las bodas de plata juntos.

Siempre he creído que aquello no fue casualidad. No puede ser casual que nunca hayas escuchado esa emisora de radio y lo hagas por primera vez esa noche. No puede ser casual que en ese instante esté sonando una canción de Alejandro Sanz que te haga parar el dial. Y no puede ser el azar el que haga que te decidas a llamar. Y, cuando consigues entrar, que seas la última conexión en directo de la noche, la única que abre la posibilidad a quedarte, a charlar después, porque el programa termina. Demasiadas casualidades.

Yo creo que fue el destino. La radio, mi eterna compañera de viaje, quiso aquella noche de agosto que cogiera, con la otra mano, a la compañera de mi vida. La radio hizo su magia para que nos conociéramos; primero yo a ella y, después, por ella, a Mar. Quién me lo iba a decir de niño, aquel mundo de voces que me embrujó en el taller de mi padre me lo ha regalado todo en la vida.

Aquel martes, 18 de febrero de 2020, la ciudad de Valencia amaneció con nubes y claros. Cuando viajo por trabajo, tengo la costumbre de mirar el tiempo recién levantado. No me gusta volar, y me asomo al ventanal de mi comedor con la esperanza de encontrar un firmamento raso y azul. Una especie de autopista hacia el cielo. Pero en pleno febrero no se suele tener suerte y un amenazante gris plomizo me iba a acompañar en el primer viaje europeo del año. Y qué viaje: Atalanta-Valencia CF para abrir los octavos de final de la Liga de Campeones de fútbol.

Llegué muy pronto al aeropuerto. Mi vuelo de Ryanair FR9326 salía de Manises a las 11.40 a. m., pero a las diez de la mañana yo ya estaba allí. Me gusta llegar con tiempo a la terminal porque me permite disfrutar, antes de volar, de un café caliente mientras repaso la prensa del día. Leo los periódicos cada mañana por motivos profesionales, pero cuando el trabajo me lleva a narrar un partido a otro país, procuro —si el idioma lo permite— leer la prensa de mi ciudad de destino. Tocaba, pues, *La Stampa* italiana en el quiosco del aeropuerto. Me gusta saber qué pasa en el lugar al que me dirijo.

En aquellas semanas de febrero, una noticia extraña —y que nos sonaba muy ajena— ocupaba algo de espacio en los periódicos. China estaba peleando desde diciembre con un nuevo coronavirus, hasta entonces desconocido, llamado SARS-CoV-2. Ciudades cerradas, hospitales de campaña y el confinamiento de los ciudadanos poblaban la sección internacional de la prensa española y europea. Pero no sus portadas. Nos habíamos acostumbrado a ver, en los informativos de televisión, a ciudadanos chinos con mascarillas y a médicos con medidas de protección propias de una peligrosa epidemia. Pero, en Europa, todo eso lo veíamos en cinemascopé. Mientras China cerraba literalmente sus ciudades afectadas, nosotros estábamos en el cine de la ignorancia. Disfrutábamos, como espectadores de lujo y comiendo palomitas, de uno de los estrenos de la temporada de ciencia ficción. La cosa no iba con nosotros. Algo pasaba en el bien llamado Lejano Oriente.

Compré mi café con leche para llevar, pagué con dolor el sobreprecio de todo aeropuerto y me senté junto al mostrador de salida. Desde mi posición controlaba perfectamente la gran pantalla azul, que minutos después anunciaría el embarque a Pisa. Eran las diez y media. Tenía tiempo, buena ubicación, y comencé a leer con mi italiano de ir por casa.

La prensa, aquel día, no difería mucho de lo habitual en España: política, deportes, sucesos y espectáculos. Italia había amanecido con apenas tres casos oficiales de COVID-19, por dos de España. Era lo más parecido a decir «nada». Las noticias del desconocido e invisible enemigo se centraban en los casos fuera de China. Éstos se concentraban en los países de su entorno cercano: Hong Kong, Singapur, Corea o Japón se situaban a la cabeza de contagios, pero ninguno alcanzaba el centenar de casos. Todo muy leve. Todo muy lejos. Así que a falta de noticias cercanas sobre el patógeno, acabé —como casi siempre— centrando mi atención en las páginas deportivas y la actualidad del partido que narraría al día siguiente en el estadio de San Siro.

El vuelo fue tranquilo. Me sorprendió que muchos valencianistas hubieran elegido el mismo plan de viaje que yo, puesto que no volábamos a la ciudad de destino. Ocupaban felizmente sus asientos y portaban con orgullo camisetas y bufandas del club de Mestalla, su Valencia Club de Fútbol. Siempre genera empatía encontrar aficionados que viajan para ver a su equipo fuera de España. Te arranca una sonrisa casi sin darte cuenta.

Tras hora y cuarenta y cinco minutos de vuelo, aterrizamos en el coqueto aeropuerto de Pisa. Bajé el último del avión. Nunca me ha gustado esperar de pie en el pasillo. Tienes esa sensación agobiante de estar hacinado en el metro en hora punta, pero sin movimiento real. Al menos, en el vagón avanzas hacia tu destino, mientras aquí esperas sin más con el único alivio de estirar las piernas. Ya en tierra, caminé lento y tranquilo a pie de pista mientras disfrutaba del sol que nos había regalado ese día el cielo de la Toscana. Eran apenas doscientos metros de paseo por ese asfalto de líneas rojas y amarillas que tantas veces había pisado antes. Pero esta vez, al fijar mi mirada al frente, advertí que algo distinto a lo habitual estaba ocurriendo en la entrada de la

terminal. Lo que habitualmente es un trayecto directo y sin paradas hasta el control de pasaportes y recogida de equipajes, se había transformado en una larga cola del pasaje que avanzaba lentamente. La hilera comenzaba en mi lado de las puertas de acceso al edificio principal y se perdía tras sus muros de cemento. Todos los que estábamos en el exterior estirábamos inconscientemente el cuello tratando de encontrar una rendija entre el resto de pasajeros por la que matar la curiosidad.

Lo que ocurría al otro lado resultó ser la primera pista de un camino que, sin yo saberlo, acababa de iniciar. El camino hacia un invisible acompañante con el que regresaría a España cuarenta y ocho horas después.